



XIV.

SITIO Y TOMA DE MEXICO. — FINAL.

Después de la caída de Querétaro, todavía quedaban en poder de los imperialistas dos ciudades: México y Veracruz.

La mayor parte de las fuerzas republicanas que quedaron libres después de la toma de Querétaro, se dirigió a la capital para reforzar al ejército sitiador de Porfirio Díaz.

En México mandaba todavía el Gral. Márquez a quien se debe en gran parte el desastre de Querétaro. Gracias a las magníficas tropas que tenía bajo sus órdenes, estaba en condiciones de oponer la más tenaz resistencia a los sitiadores, aun después de la llegada de tan considerables refuerzos. En el interior de la Capital estrechamente sitiada, la situación se hacía cada vez más angustiosa, mientras más duraba el sitio, y vemos aquí reproducirse los mismos acontecimientos que hemos visto en Querétaro, si bien no tan graves, porque los medios de subsistencia de la Capital son incomparablemente mayores. Sin embargo, en México mandaba un monarca, que no conocía piedad ni conmiseración y que no retrocedía ante crueldad ninguna para lograr su intento.

Las infamias de que fué autor Márquez durante el sitio de México, no pueden disculparse con nada, porque la población de la ciudad fué extorsionada enteramente sin objeto. Si en Querétaro se había recurrido a medidas extremas, que la tremenda situación exigía imperiosamente para el sostenimiento de las tropas, en cambio la bondad y magnanimidad del Emperador habían sabido disminuir el horror de la situación; pero ¿cómo había de ser lo mismo en México, donde un hombre sanguinario disponía de vida y hacienda de pacíficos ciudadanos? Muchas veces se aprisionaba a las hijas de las principales familias y allí se las tenía sin darles de comer, hasta que sus padres pagaban multas gigantes, a veces de cientos de miles de pesos, dinero que se sacrificaba al Moloch de la guerra, o iba a parar a la bolsa del muy honorable Don Leonardo Márquez; otras veces se colocaba a personas ricas sobre el tejado de las casas que estaban más expuestas al fuego enemigo, y allí servían de blanco, hasta que pagaban el último centavo de las crecidas sumas que se les exigían.

En una palabra, Márquez justificó perfectamente su antigua fama de tirano.

Mientras que aterrorizaba de este modo a la población, supo sostener perfectamente el brío de sus tropas, valiéndose de todas las estratagemas posibles. Su método predilecto era mantener las esperanzas del ejército en un próximo socorro, y mientras que ya tenía noticia de la caída de Querétaro, proclamaba oficialmente el brillante triunfo del Emperador y su próxima llegada a la ciudad, y supo engañar tan bien a sus tropas acerca de los verdaderos acontecimientos que diariamente se esperaba

la llegada del Emperador al frente de un ejército de auxilio.

Inútiles fueron los esfuerzos de los sitiadores, encaminados a convencer a la guarnición de la inutilidad de mayor resistencia, inútiles todas las tentativas que hicieron para poner al tanto a los imperialistas del verdadero estado de las cosas: no se les creía y todo era mirado como ardid de guerra de enemigo, para engañar a la guarnición y apoderarse fácilmente de la plaza, que no habían logrado tomar hasta entonces, a pesar de sus esfuerzos.

Por fin, cuando se hizo público el triste fin del Emperador y vió Márquez que la ciudad era insostenible y que ya no podía contar con sus tropas, creyó llegado el momento de salvar su vida y los tesoros amontonados y obtenidos con tanta violencia—debe haberse llevado más de seis millones de pesos en libranzas—y el 19 de junio entregó el mando supremo al General Tavera, para desaparecer en seguida sin dejar la menor huella.

Apenas había tomado Tavera el mando de las fuerzas, cuando entró en arreglos con Porfirio Díaz para la rendición, arreglos que terminaron el día 20 y en virtud de los cuales entraron las tropas republicanas a la Capital a las cinco de la mañana del 21 de junio.

Antes de esto, las pocas tropas austriacas (el Regimiento de Húsares Rojos del Conde Khevenhüller y el Batallón de Cazadores del Barón de Hamerstein) habían concertado una rendición por separado con Porfirio Díaz, en virtud de la cual se les permitía salir de la ciudad, con sus equipajes, debiendo partir el día 21 a la madrugada, después de entregar las armas.

Este convenio separado fué seguido de la capitulación general. A pesar de esto, Porfirio Díaz fué fiel a su palabra—caso rarísimo en la República Mexicana—y dejó partir a las tropas extranjeras sin molestarlas.

Así cayó la Capital del país en poder de los juaristas, después de larga y sangrienta lucha, y con la capitulación de Veracruz, verificada poco después, no quedó en todo el país ninguna plaza en poder de los imperialistas.

El 19 de junio fué sacrificado el Emperador, en compañía de los Generales Miramón y Mejía, como víctima de su misión civilizadora; sus esfuerzos sinceros, encaminados a dar los beneficios de la paz de un gobierno legal y estable a un país desgarrado desde hace cincuenta años por las luchas sangrientas de partido, se habían estrellado ante la desconfianza que encontró por todas partes y desde un principio, ante la falta de carácter y celos de su partido. Pronto se había visto engañado en sus esperanzas; en vez de encontrar un pueblo que por libre voto lo llamara al trono, encontró solamente un partido,—que apoyado por las bayonetas de un ejército invasor extranjero,—pudo sostenerlo momentáneamente, pero cuyos jefes estaban desacreditados ante la mayor parte del país; un partido que no estaba unificado, sino que se dividió en numerosas facciones, siguiendo cada una sus intereses particulares, desgarrándose mutuamente con enconos manifiestos o encubiertos y destruyendo la felicidad de un país que por sus magníficas condiciones debía ser un verdadero Eden.

Ahora se pregunta uno, la catástrofe de Querétaro y la muerte del infortunado Emperador, que

Juárez y los suyos juzgaban indispensable para la pacificación del país, ¿han traído realmente al desdichado país las bendiciones de la paz? ¡De ningún modo!

En el hermoso país allende el Atlántico no perduró la paz efímera que siguió a la tremenda lucha, y es conocido el hecho que algunos de los más celosos y fervientes partidarios del incontestablemente gran Presidente de la República, no lo apoyaron por largo tiempo, sino que siguieron sus propios intereses y una política de violencia; y los mismos brazos poderosos que una vez apoyaron a Juárez y lo ayudaron a triunfar, se levantaron contra él, perturbando la paz comprada a precio de la sangre de los mejores hijos del país.

Aún antes de la reelección de Juárez, hacia fines de noviembre de 1867, comenzaron a levantarse contra él los departamentos más alejados, el viejo intrigante y dictador Santa Anna, inmediatamente después de la ejecución del Emperador, empezó de nuevo sus maquinaciones y el Ex-presidente Ortega apoyaba de nuevo con las armas sus legítimas pretensiones.

Si bien Juárez entró en arreglos con este último, sin embargo Santa Anna logró mantener la revolución en Yucatán hasta el año de 1868. Apenas había Juárez pacificado a Yucatán, cuando Santa Anna comenzó a promover nuevos levantamientos del carácter más peligroso en el centro del país, que obligaron al Presidente a buscar refugio en la Capital, después de haber estado a punto de caer en manos de sus adversarios, quienes hubieran empleado con él un proceso sumario.

En los siguientes años estallaron en los Estados de Yucatán, Tamaulipas, San Luis Potosí y Zacate-

cas, nuevos pronunciamientos y la reelección de Juárez, en 1871, produjo nuevos disturbios de la mayor gravedad; desde esta fecha el antiguo conquistado de la Capital, Don Porfirio Díaz, hombre de gran influencia y considerable prestigio figuró como contrincante de Juárez y después de Lerdo de Tejada sucesor legítimo del primero desde 1872, y en 1877 logró derribar a éste y desembarazarse del que había sido electo presidente al mismo tiempo que Jada, Don José María Iglesias y subió él mismo a la Presidencia.

Así, vemos hasta hoy al desdichado país desgarrado por sangrientas luchas de partido, que mina cada vez más las fuerzas morales y la felicidad del pueblo y que conducen al país al borde del abismo. La sangre vertida el 19 de junio en el Cerro de las Campanas, no ha sido verdaderamente de ninguna utilidad para el país, y las nobles palabras que Maximiliano pronunció antes de morir, no se han cumplido. (1) Lo único tal vez que Juárez logró con la ejecución del Emperador, fué que quitó para siempre los deseos de una intervención europea.

(1) Que mi sangre sea la última que se derrame por este infortunado país.

INDICE.

	Págs.
"Dos palabras", por Carlos R. Menéndez . . .	5
Prologo	7
I.—Situación militar y política del país hacia fines de 1866, hasta la salida de México del emperador Maximiliano. Creación de un Ejército Nacional.—Retirada de los Imperialistas a Querétaro.	11
II.—Salida de México del Emperador a Querétaro. — Escaramusas en Lechería y en San Miguel Calpulálpam	19
III.—Entrada en Querétaro.—El General R. Méndez y sus tropas. Querétaro y sus defensas	29
IV.—Plan de Batalla de los imperialistas.—Avance de los juaristas.—Ofensiva desistida del ejército imperialista.—Carta del Emperador a Aguirre.	37
V.—Movimiento de concentración de los juaristas.—Primitiva posición de los imperialistas.—Los primeros encuentros.—Cambios de sitio en ambos ejércitos.	49
VI.—El 14 de marzo. — Misión del General Márquez.—El 24 de marzo	59
VII.—El Emperador condecorado por su ejér-	